lização em qualquer clima. Já entrevê mais gente esta verdade que a ciência revelou, mas há ainda muito que fazer primeiro que nos convençamos todos de que o que parecia dantes impossível vai-se gradualmente resolvendo e que o homem se alia á Natureza nesta obra de proporções gigantescas. O sr. dr. Afrânio Peixoto, desejo dizer sem intenção de ofender-lhe a sua modéstia, serve com êste libro mais que a sua pátria. Ele serve a humanidade e um ideal de democracia porque demonstra por meio da ciência a igualdade e universalidade do homem perante a Natureza a qual deixa assim de ser madrastra para se tornar mae.

EDMUND DA SILVEIRA,
Washington, D. C.

JOSÉ MORENO VILLA, *Escultura colonial mexicana*.—México, Ediciones de "El Colegio de México", 1942.

La literatura artística de México se ha enriquecido recientemente con una investigación monográfica sobre escultura colonial mexicana que no dudamos en calificar de excepcional por su interés. Su autor, José Moreno Villa, nos era bien conocido en la pintura y en la poesía, pero sólo por excepción en la crítica estética, para la cual estaba bien capacitado por sus conocimientos y por haber trabajado en la materia junto con Gómez Moreno. Un excelente gusto, unido a un conocimiento profundo de la escultura española, permitieron al autor reconocer con claridad y amplitud la escultura virreinal mexicana, punto menos que desconocida. Observaciones, por otra parte, escritas con gran finura, con la prosa llana y el humor malagueño del autor.

El plan de la obra está trazado siguiendo las líneas cronológicas tradicionales: siglos XVI, XVII y XVIII. Su autor nos bosqueja, primeramente, los estilos artísticos generales de México, purista e indígena en el XVI, barroco y churrigueresco en los siglos siguientes, analizando las aportaciones españolas (principalmente granadinas y sevillanas), guatemaltecas y asiáticas (marfiles filipinos), procurando abstraer los rasgos de los mexicanos que él nombra con una voz de origen nahua, *tequitqui* (tributario), que, infortunada o no, es el primer ensayo para calificar un estilo indígena que subsistió en la Colonia.

Sin embargo, el plan de la obra nos parece, quizá, demasiado ambicioso: su autor, en efecto, después de transmitirnos las observaciones precitadas, digamos los elementos generales del arte escultórico de la Nueva España, prefiere analizar los ejemplos artísticos existentes y describirlos exhaustivamente. No obstante, tales descripciones no dejan de ofrecernos magníficas sorpresas; oigámosle hablar de la Virgen del retablo de Xochi-

milco, la obra purista y renaciente más importante del siglo XVI: "Una Virgen María viuda, vestida como una señora recatada y ensimismada... El espíritu de esta mujer es granadino; y el modo de plegar y recoger el manto parece modelo —aunque duro todavía— para las vírgenes andaluzas de Montañés, Cano y Mena." Ahora bien, más que una individualización quizá habría convenido, frente a este ejemplar italianizante, compararlo con las esculturas de mano indígena, digamos la Virgen de las Espanas de Calpad, para así definir las pugnas paradójicas de nuestro siglo XVI, en el cual la cantería indígena —profundamente impresionada por los grabados góticos— aparece en amplia oposición al purismo Renaciente español, granadino o sevillano. La fusión de tales elementos en siglos posteriores, da origen a la escultura mexicana.

Pero cuando el autor olvida este plan exhaustivo, nos proporciona capítulos tan ricos en observaciones y matices como el que dedica a la escultura barroca. Después de substraer una definición del estilo barroco de una poesía de Jáuregui (1641), Moreno Villa añade: "México es famoso por su arquitectura barroca. Veamos si en este trémolo, tremor y concurso de ondas a que se entrega la madera de los retablos y las piedras de las fachadas, las esculturas se pierden o luchan por afirmar su personalidad... México, dentro de su valiente churriguerismo, vive y expresa todos estos modales, pero con notas propias, porque siempre, y allí donde puede, brota el sentido indígena."

Más aún, Moreno Villa, no obstante que con prudencia nos señala el carácter anónimo de la escultura colonial mexicana, nos proporciona tres nóminas cronológicas de esculturas, nóminas obtenidas en lo fundamental de las investigaciones del maestro Toussaint, la autoridad en la materia, pero no sin que el autor añada sus propias investigaciones y observaciones. Tales listas de esculturas, hoy escuetas y frías, seguramente serán la base para reconstruir el pasado histórico de la escultura virreinal, cuando en el futuro vayan saliendo documentos que aclaren la personalidad y obras de los artistas consignados.

Por último, no quiero cerrar estas líneas sin comentar tipográficamente el manual. Una investigación artística obliga siempre a una más que honorable reproducción objetiva de los ejemplares analizados; sin embargo, el criterio de los directores tipográficos del Colegio de México —la casa editora— parece haber sido otro, vista la calidad del papel escogido para las reproducciones; y, sobre todo, el descuido que muestran los fotograbados, cuya retícula abierta, impropia de un papel satinado, desmerece en conjunto el valor indiscutible de la monografía artística.

SALVADOR TOSCANO,
México, D. F.